

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instrucción.

PRECIOS

MADRID.

Tres meses . . . . . 3 rs.  
Seis id. . . . . 16 "  
Un año . . . . . 30 "

PROVINCIAS.

Tres meses . . . . . 10 rs.  
Seis id. . . . . 18 "  
Un año . . . . . 34 "

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

Examinado en la Fiscalia el viernes 20.



REGALOS A LOS SUSCRITORES

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS

EXTRANJERO.

Tres meses . . . . . 20 rs.  
Seis id. . . . . 32 "  
Un año . . . . . 70 "

En París recibe suscripciones y anuncios para: **CASABLANCA, M. E. FERRON.—Boulevard Magenta, 101.**  
Se suscribe en la Habana, Propaganda Literaria, calle de la Habana, núm. 130.

AMÉRICA.

Seis meses . . . . . 30 rs.  
Un año . . . . . 70 "

FILIPINAS.

Seis meses . . . . . 30 rs.  
Un año . . . . . 110 "

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.

# EL CASCABEL.

DIRECTOR Y EDITOR, D. C. FRONTAURA.

POLÍTICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR, D. F. PEREZAGUA.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL CATO. LO QUE FUERE SONARÁ.

## COSAS DEL DIA.

No hay que darle vueltas, es muy divertido vivir en este mundo, sobre todo, ahora, ahora, que si no hemos llegado a la última etapa de la perfectibilidad y felicidad humanas, nos debe faltar poco camino que andar.

Ocurríseme lo que digo, pensando en mil y mil adelantos que todos los días nos sorprenden, sin más que echarnos a dar una vuelta por la manzana.

### No más dolores de parto

dice un cartel, dejando hecho una pieza al curioso lector, y no digo nada a la lectora, que haya tenido ya siete u ocho, y quien dice ocho, dice doce hijos, como otros tantos diablos.

¿Conque ya no hay dolores de parto?...

Pues hombre, en ese caso, no tengo inconveniente en parirme yo un hijo ó dos, para no morir sin sucesión.

¿Estará seguro de lo que dice el autor del cartel?...

Aunque él dice, según creo, que habla por experiencia, me permitirá que dude de esa experiencia, porque no he de ir a creer que ha parido el menor vástago en toda su vida.

Por lo demás, eso de enmendar la plana al Criador, es demasiado grave.

—Parirás con dolor, dijo a la mujer, y hasta ahora todas las parturientas están conformes en decir que así sucede.

Pero en fin, puesto que el autor del cartel dice que no más dolores de parto, habrá que creerle bajo su palabra, y consolarlos con que hay bienhechores de la humanidad, que así evitan y allanan los inconvenientes que tienen la vida, desde que existe el mundo.

Por supuesto, que si se empeña en que no hay más dolores de parto, en cuanto una parturienta diga que tiene dolores, tiene que decir el autor del cartel para sostener su tesis:

—Nó, señora, no tiene V. tales dolores. No digo que no se le figure a V. que los tiene, pero no tenga V. cuidado, porque yo tengo prohibidos los dolores de parto.

Y con esto, la que vaya a ser madre se quedará plenamente convencida de que lo que le ocasiona los dolores es una ensalada de pimientos colorados que se comió el día ántes.

Siguen VV. andando, y ven en cualquier parte otro cartel que anuncia el extracto de carne Liebig.

Este señor es un químico de gran nota; pero lo que es de su extracto de carne, he de decir yo cuatro cosas.

En primer lugar, parece como que el extracto es de la carne Liebig, es decir, de la carne de la familia de dicho señor, que se habrá entretenido en hacerla picadillo para sacar el extracto, y servirlo al público en cucharaditas.

No es así afortunadamente; por mucho que sea el amor a la ciencia que tenga dicho señor, no llegará al extremo de ofrecer al público la carne de su apreciable familia.

Es que él es el inventor de ese extracto, quinta esencia de la carne de vaca, etc., etc.

Con una cucharadita de extracto en una taza de agua caliente con sal, tiene V. una taza de caldo que se chupa V. las pestañas.

¡Oh prodigio! Este extracto se recomienda a los enfermos.

¡Hombre! ¿A qué enfermos?  
Si yo estoy enfermo, en mi casa me ponen el puchero con su cuartito de gallina y su carne, etc., etc., y me

dan unas tazas de caldo, capaces de resucitar a un muerto.

¿Para qué he de mandar a comprar extracto, teniendo en casa tan buen caldo?

Y lo mismo le pasa a todo el mundo.

De manera que, perdonésemelo el atrevimiento, pero yo no veo que el extracto de carne sea útil mas que a los que se vayan a pasear por el desierto, que llevando el extracto y una cuba de agua con su libra de sal, y un par de arrobas de leña para calentar el agua, se pueden administrar unos sorbos de riquísimo caldo cuando se lo pida el cuerpo.

Algún otro caso habrá en la vida en que se sienta la necesidad de un poco de extracto de carne, pero no serán muchos.

\*\*

No se detendrá aquí la ciencia.

VV. verán el mejor día del año un cartel anunciando polvos de gallina, con los cuales polvos, en poniéndolos en un rincón del corral, y dejándolos allí al sereno, a los cuatro días tendrán VV. un gallinero con su gallo, sus gallinas y sus huevos frescos.

Y no será extraño que, andando el tiempo, se venda en las boticas extracto de cocido, extracto de cordero con guisantes, extracto de bistek con patatas, extracto de todo, en fin, lo que constituye una comida.

Y se suprimirán las cocinas, toda vez que cada cual podrá llevar en el bolsillo la comida en tres ó cuatro frasquitos, y en sentándose al sol, y echando una gota de cada frasco en el pañuelo, puesto en el suelo como mantel, tendrá una comida completa, y hasta un pali- llo para los dientes.

\*\*

Todo progresa visiblemente.

Los únicos que no progresan son los progresistas. Ahora se les aconseja, se les dice que se pongan en razon, que sean buenos y les darán una cosa, como se dice a los niños, y ellos, los pobres, andan que no saben qué hacer.

Lo único que se me ocurre decirles es lo siguiente:

¡Ah inocentes!...

Del ministerio no tengo nada que decir.

Todo marcha al reló.

Los empleados cobran, los contribuyentes pagan, como es su deber, los billetes hipotecarios han logrado un éxito completo, y la Bolsa sube. Si estas no son señales de que el país está completamente satisfecho, VV. me darán razon de cuáles han de ser.

Y vean VV. por dónde parece como que EL CASCABEL se hace ministerial.

En toda época, en toda situación es lo que hay que hacerse.

Y verdaderamente, ahora no tenemos de qué dolernos.

La prensa dice todo lo que quiere. Lo que no diga será porque no lo quiera decir.

\*\*

¿Saben VV. que las señoritas Delepierre tocan el violín como lo tocarían los ángeles, si hubiera ángeles violinistas?...

Siempre que veo anunciado en un cartel de teatro que Fulano vá a tocar el violín ó la flauta, me escamo, porque ha visto uno ya tantas medianías dándose aires de notabilidades, que no es raro que uno vaya con prevención a oír a esos músicos que tocan solos, é imponen así al público, porque de un violinista ó flautista ó pianista que se atreve a tocar solo delante de tanta gente, nadie puede creer que es un violinista ó flautista ó pianista como otro cualquiera.

Pero las señoritas Delepierre me han reconciliado con los concertistas, porque tocan el violín, querido lector,

mejor, con más aplomo, con mas maestría, con más arte y profuudo conocimiento que los políticos el violon; me parece que no se puede hacer elogio más completo del mérito artístico de las dos simpáticas jóvenes.

Una de ellas es todavía ménos que una jóven, es una niña con su vestido corto y sus pantalones: tiene doce años....

¿Cuándo ha aprendido esa donosa niña a tocar el violín?... En doce años es imposible aprender lo que ha aprendido esa verdadera maravilla del arte.

Su hermana toca admirablemente bien; juega con el violín de una manera prodigiosa, le hace dar sonidos de que jamás podía figurarse dueño un violín.

Ambas hermanas producen en el público un ardiente entusiasmo.

Nunca lo producirán igual los políticos tocando el violon, y eso que, hay que hacerles justicia, hacen maravillas con ese voluminoso instrumento, ni más ni ménos que los franceses con el fusil Chassepot.

Mil y mil enhorabuena a las señoritas Delepierre, que en los conciertos sucesivos llevarán gran concurrencia al teatro de la Zarzuela.

Quien no vaya a oír a las dos Julias (ambas tienen este nombre) tocar el violín, está tocando el violon.

Solo se le puede dispensar si no tiene dinero.

El que no tiene dinero, ¿qué ganas ha de tener de oír tocar el violín?...

Yo, sin embargo, si la empresa no me diera billete, y no tuviera una pesetilla para ir a oír desde un rincón a las señoritas Delepierre, la pediría prestada, aunque me arruinaran los intereses que me costase el préstamo.

## LA CARULLADA.

I.

Tranquilo se hallaba el héroe en su casa de Madrid, cuando supo que allá en Roma se empezaba a armar motin; ardió la sangre en sus venas, y cesando de escribir un artículo famoso, llamando gente incivil a todos los liberales que andan de aquí para allí, se dió en la frente un cachete, se pellizcó la nariz, y exclamó con entusiasmo: —«Carulla, ¿qué haces aquí?... a Roma, a Roma es adonde disparado debes ir, que en viendo que vas, la gresca al momento tendrá fin, y si no, ¡voto a mi abuelo! que contigo han de reñir los que pretendan tenaces armar en Roma un follín.» Dijo, y tomando dinero, cogió y fué al ferro-carril, y en un coche de primera entró, y se tendió a dormir.

II.

Llegó a Roma, y al momento, fué y preguntó:—¿Qué hay aquí?  
—Nada, dijeron los que le fueron a recibir.  
—¿Y qué hay en Monterotondo?...

—Hay un monte 5 cosa así.  
—¿Y Garibaldi?...

—Ese, apénas supo que íbais á venir, reunió á su gente y le dijo: «Señores, aquí dió fin este sainete... Carulla ha salido de Madrid; ya viene, ya viene á escape, ya le veo venir... —Yo con cualquiera me atrevo aquí y en Valladolid; mas lo que es con ese mozo, no me pongo yo á reñir... Conque á recoger los trastos, y vámonos por ahí, que fuera temeridad y exponernos á morir, esperar, estando solos, á ese jóven adalid.» Y á correr todos echaron, y se les oyó decir que estando V. en el mundo, no hay medio de entrar aquí.

## III.

Pronto es de esperar que vuelva á la córte el nuevo Cid, que si no tiene un *Babieca*, tiene un zuavo hasta allí, que en la invicta Zaragoza tuvo la idea feliz de servirle de escudero, de escudero con buen fin. Tejedor, hermosas, coronas de laurel ó peregril; poetas, coged la lira, y de alabanzas sin fin cantadle un himno, el de Riego, sino hay otro por ahí.

## LA VIDA DE LOS ANIMALES.

Sus instintos, sus costumbres, sus vicios, sus buenas acciones, su martirio, sus principios políticos, sus picardías, etc. etc.

## EL MOSCON.

—Ya es de día, ya es hora de bajar del techo donde he pasado la noche, sobre la cama de este famoso hombre político, que ántes de acostarse me persigue encarnizadamente en calzoncillos y con una zapatilla en la mano.

¡Bonito traje para un hombre político!

Yo no sé por qué les incomodan y sublevan los moscones á estos hombres políticos. ¡Hay, por ventura, moscones tan moscones como ellos?... Francamente, sin que sea vanidad, yo no me tengo por moscon tan enfadoso como los pediguños políticos, los candidatos por fuerza, y los periodistas, que mosconeán sin descanso para ver de lograr lo que llaman una posición oficial.

Voy á despertar á este profundo político... ¡Hum! ¡hum! ¡hum!... ¡hummmmm hum! Ya se rebulle, ya se despierta. ¡Andal! ¡ya empieza á echarme maldiciones!... ¡No parece sino que soy yo quien le propuso para la cesantía de su destino de 50,000 rs.! Ya salta de la cama y coge la babucha... ¡Qué tonto! me subo al techo, y en paz... Lo único que sacará de esta batalla, con salir de la cama caliente y ponerse á saltar en camisa, será alguna pulmonía ó cosa así.

Ya se viste... Bueno, yo no te he de dejar un momento en todo el día, para que aprendas á aborrecer en los demás el mismo vicio que tú tienes... Este moscon se figura que no debe haber en el mundo más moscones que él.—Si anoche me hubieras dejado tranquilo y no me hubieses perseguido, á estas horas estaría yo en otra parte; por ejemplo, en casa de la nerviosa del cuarto de al lado, que se desmaya en viendo á un moscon, y no se desmaya cuando riñe con su marido y se le cuelga de las barbas y le da cada cachete como para él solo... No tiene el hombre mal moscon con su mujer...

En mal día te vas á afeitarte, hijo mio, porque conmigo á la vista, si no te sacas en la navaja un pedazo de las narices, ya puedes decir que tienes una suerte loca.—¡Qué poco sufridos son estos hombres!... Pues apénas da manotadas para cogerme... ¡Anda! y ahora da tajos al aire con la navaja... ¡Si creerá que los moscones se cogen á navajazos?... ¡Alza, moreno, qué chirlo te has pegado junto á la oreja!... ¡Qué poca filosofía la del hombre!... Le incomoda un moscon que le zumba al oído, porque no tiene otra manera de expresarse, y se cree con derecho á perseguir al moscon y á estrullarlo si puede. Pero, ¿qué mucho que hagan eso los hombres con los moscones, si lo hacen con los hombres mismos? Al hombre todo le estorba, todo, hasta el hombre mismo... Si no fuera así, no habría guerras, ni envidias, ni celos, ni asesinatos, ni todo género de crímenes, y el mundo sería un paraíso.—En el paraíso no había moscones, pero ya se veía venir la casta, porque la serpiente que sedujo á Eva, ¿qué era mas que un mos-

con disfrazado? y Eva, que sedujo á Adán, ¿qué era sino dos cuartos de lo mismo?

Ahora, á almorzar... Corriente, picaré aquí y allí... Buen aspecto tiene esa tortilla... Con solo ponerme yo encima, ya no la querrás probar... Te da asco un moscon que se presenta con su cara descubierta, y que tiene limpias las patas, como que siempre va por el aire, y no te da asco pensar en las manos súcias de tu cocinera, ni en la sartén llena de porquería, y en que el tenedor con que comes lo dejó caer el otro día tu mujer en una parte, y ayer tuvo que pagar á dignísimos operarios el trabajo de sacarlo de donde estaba... ¿No lo dije? Ya no quieres la tortilla porque me has visto encima. ¡Tampoco quieres café porque me he metido en el azucarero?... No sois, por cierto, los hombres tan escrupulosos con los hombres... Amigos tienes tú, sin ir más lejos, conocidos por sus viles y súcias acciones, por sus feas manías, y no te da asco darles la mano, porque supones que te pueden servir de algo.

¿Ya empiezas á escribir cartas?

No me parece que vas á poder estar muy tranquilo. En torno tuyo has de verme continuamente... Esas cartas que escribes á los que quieres que sean tus electores, son un mosconeo mucho más enfadoso que el mio... Yo no engaño á nadie, moscon soy, como moscon me presento en todas partes; pero tú, tú eres un moscon que quieres darte aires de independiente, de filántropo, de economista, de todo lo que presumes que ha de hacerte partido entre las gentes... Dí francamente á esos señores á quienes escribes, que eres un moscon que tiene muchísima ambición y poquísima aprensión, y por lo ménos, te estimarán por hombre franco y que se hace justicia... ¿Ves? por querer ponerme la mano encima has echado un borron en esa carta, despues de haber escrito casi las cuatro carillas. ¡Cuando te digo que la impaciencia y la soberbia no conducen á nada bueno!... ¡Hóla! esa cartita es para el banquero Oropeza... ¡Ya te veo!.. le pides dinero para fundar un periódico político y derribar con él á la situación... Nó, no es la situación del Gobierno la que te preocupa, sino la tuya... Dile francamente que necesitas dinero para seguir viviendo con boato, y no le engañarás... ¿Y qué me dices de los moscones que piden dinero? Esos sí que son moscones insufribles, no yo, ¡pobre demí! que á nadie le quito nada, ni hago otro mal que cantar á mi modo, revoloteando alrededor tuyo.

¿Ya empiezan las visitas?...

Un amigo que te viene á leer un drama que no se le quieren en ningun teatro. ¿Y te parecerás más agradable esa lectura que mi monótono zumbido?... ¿Y ese, es moscon?...

Otro que te viene á explicar la combinación que ha hecho para ofrecer el 30 por 100 á todos los que vayan á imponer dinero en una sociedad de crédito que va á establecer, de cuya combinación resultará simplemente, que los que le lleven el dinero para ganar el 30 por 100, se quedarán sin sus ahorros, y él se gastará alegremente el dinero ajeno. Cien legiones de moscones como yo, no harán en la república el daño que puede hacer ese moscon.

Una viuda que trae una lista de suscripción, en la que personas de alto rango aparecen inscritas, con varias cantidades destinadas á consolar á la dama menesterosa y á mejorar su situación. No tienes dinero que darle, porque lo que tienes te hace falta; pero se lo das por vanidad, por no ser ménos que los de la lista, porque tu nombre lo vean en la lista, y porque la postulante no es fea.—Y sufres á ese moscon de faldas y velo echado, y te irritas conmigo, que no hago mas que manifestar á mi manera la alegría de mi vida independiente...

Un pariente que viene del pueblo á que tú le coloques en Madrid, porque allá en el pueblo creen que un hombre como tú, que vive en Madrid, sin tener rentas y gastando gran lujo, debe tener muchísima influencia sobrante. Ese moscon te ha de costar caro; por lo pronto se instala en tu casa, te come un lado, te acompaña á todas partes, se enamora de tu mujer, y si al cabo de tiempo no le has colocado, se va diciendo mil pestes de tí, y de tu mujer, porque no le ha hecho caso, y te calumnias, y se te vuelve irreconciliable enemigo.

¡Vaya! te dejo.

Has abierto el balcon, y me voy á tomar el aire, á zumbarte en la calle á mi sabor. Mis gritos no los puede prohibir nadie. Me das lástima; hoy no haces cosa á derechas, ni escribes bien, ni estas de humor de hablar con tus amigos, y contestas malamente á tu mujer... ¡y todo porque te está zumbando un moscon!... Y eso excita tu ira, tu soberbia, y te llena de bilis, y te puede producir un ataque cerebral... Si tan pequeña molestia subleva á un hombre, ¿cómo ha de sufrir con paciencia y resignación las mil y mil contrariedades de la vida y de la suerte?

## ¡AHORA TENDRIA TREINTA AÑOS!

Quando veis nacer á un hijo, cuando seguís sus primeros pasos en la niñez, cuando le veis sonreír y llorar, cuando le oís llamaros *papita*, tendiendo hácia vosotros sus tiernecitos brazos, creis conocer todas las emociones paternales, y engreídos con estas ale-

grías cotidianas, que puede decirse se palpan, os figurais tener las mismas al día siguiente; piensais en el porvenir, disfrutais la dicha presente por siglos, en vez de probarla por momentos. Pero una enfermedad del niño basta para que volvais á la razon.

Para sentir el poder de los lazos que os unen á él, es necesario que temais verlos rotos; para conocer la profundidad de un río, es preciso que hayais corrido en él el peligro de ahogaros.

Acordaos de la mañana que al levantar las cortinas de su lecho habeis contemplado sobre una almohada su demacrado y pálido rostro. Sus rasgados ojos, rodeados de tintas azules, están medio cerrados. Habeis encontrado su vista que parece como oculta por un velo, y él os ha mirado sin sonreírse. Le habeis dicho: «Buenos días, hijo mio.» Y no os ha respondido. Su fisonomía no respiraba mas que abatimiento y debilidad; os parece que aquel no es vuestro hijo. Ha exhalado una especie de suspiro, y sus párpados se han cerrado. Al coger sus manecitas transparentes, habeis notado que estaban ardorosas y húmedas. Besais estas manos tan queridas, pero no responden al contacto de vuestros labios.

Entónces, al volveros, veis á vuestra esposa llorando.

En este momento sentís un sudor frio que recorre vuestro cuerpo, y la idea de una terrible desgracia se apodera de vuestra alma para no abandonaros más. A cada instante estais yendo al lecho del niño, y levantais sus cortinas, esperando que tal vez hayais visto mal, que haya cambiado, en fin, que se opere un milagro; pero siempre os volveis con las lágrimas, que luchan por saltar á la mejilla; sin embargo, procurais sonreiros para hacerle sonreír, procurais despertar en él todo aquello que pueda serle agradable; pero nada: permanece inmóvil, abatido, sin movimiento alguno, indiferente á lo que decís, extraño á todo, aun á vosotros mismos.

¿Y qué es necesario para sumirle en este estado? Algunas horas.

¿Qué es necesario para acabar con él? Un minuto.

Ya se sabe que la vida no es nada en un cuerpo tan débil, tan poco acostumbrado al dolor. Ya se sabe que la existencia es un suspiro, y por eso dice el padre:

—¡Dios mio! ¿será este el último?

Hace un momento lloraba. Ahora, ya ni siquiera se queja. Os parece que un sér invisible lo coge, que os lo arrebatara de vuestros brazos. Entónces, involuntariamente, os acercais á él, y le apretáis contra vuestro corazón, como queriendo darle la vida que os sobra. Su cama está húmeda del sudor de la fiebre, sus labios descoloridos. Su nariz tiene el color del marfil. Su boca está entreabierta, esa boca del color de la rosa, que tan inocentemente se reía; esos labios que tantas veces han besado los vuestros... y los goces, las risas, las gracias, los encantos sin fin, toda la pasada dicha se os presenta al oír los sollozos de la respiración ahogada de una madre, y ardientes lágrimas caen de vuestros ojos.

¡Hombre infeliz! vuestra mano busca sus piernecitas, y no os atreveis á tocar su pecho, que tantas veces y tan á menudo habeis besado, por miedo de encontrar esa delgadez, que presentís, pero cuyo contacto sería un tormento horrible.

Despues, en cierto momento, cuando tal vez el sol inunda la habitación, oís un quejido tan profundo, que parece un grito. Correis; su rostro está contraído, y os mira con ojos que no ven.

Todo está en la más fúnebre calma; el silencio reina allí, y las demacradas mejillas del niño se ponen amarillas y transparentes como el ambar de su collar.

El recuerdo de este momento permanece toda la vida en el corazón de aquellos que se han amado, y aun en la vejez, cuando el tiempo ha mitigado estos dolores, y otras alegrías y otras penas endulzan ó amargan vuestros días, el lecho del niño agonizante siempre lo teneis ante vuestra vista. Se ve en la luz que alumbraba el cuarto del ángel perdido, se ve en la mesa donde estaban las tisanas, las píldoras, en fin, en todo ese arsenal que trae una enfermedad, en sus vestiditos colorados y guardados, en sus juguetes rotos. Se ve en el papel la figura de sus manecitas, en las puertas, por las torcidas rayas de lapiz que se encuentran hechas por él, se le ve jugando, riendo, corriendo, y al mismo tiempo se le ve fijando en sus padres la mirada vidriosa ó inmóvil, y luego se le ve y se le siente frio, bajo un lienzo blanco lleno de flores.

¿No es verdad que este recuerdo os acude á menudo, y que ahora, despues de haber pasado tanto tiempo, todavia verteis una lágrima diciendo: «¡Ahora tendría treinta años!»

Los lazos que unen los hijos á los padres, se desatan. Aquellos que unen los padres á los hijos, se rompen.

El uno es el pasado que se disipa; el otro es el porvenir que se destruye.

## CASCABELES.

Los señores Madoz y Corradi han hecho constar que no van á publicar periódicos progresistas.

Ya que ellos lo dicen, también diré yo que no pienso publicar ningún periódico de ese color.

El bien tardío y A la puerta del cuartel, son dos obras en un acto, escritas por nuestro querido amigo Narciso Serra. En la primera abundan los bellos pensamientos, y en la segunda los chistes y las sales cómicas más donosas y espontáneas.

El público hace justicia á estas obras, aplaudiéndolas con entusiasmo en el teatro de la Zarzuela.

Hemos recibido un ejemplar de la estadística del registro de la propiedad de los años 63, 64 y 65.

En este útil libro no se trata para nada de El CASCABEL, ni siquiera se anuncia dónde se admiten suscripciones.

Leemos en un periódico:

•Se considerará como suscriptor á todo aquel que, habiendo recibido este primer número, no le devuelva antes del día 30.

Bien; y si no devuelve el número porque se le olvida, ó no se quiere molestar en devolver una cosa que él no ha pedido, ¿cómo se le considera?

Ese bando á la cabeza de los números primeros de los periódicos, es de todo punto inútil.

El suscriptor es el que va á suscribirse y paga. Lo demás es ilusión engañosa.

Hemos recibido un número del nuevo periódico, que se titula *El Laud*.

Estos tiempos, buen amigo,  
no son tiempos de *laud*,  
y aunque con pesar, te digo  
que irás pronto al ataud.

Nos vemos en la precisión de llamar la atención del Gobierno sobre un asunto de la mayor trascendencia. Estamos hace un año jugando á la lotería, y todavía no nos ha caído. Deseamos que no se repita este abuso.

Leemos en un anuncio:

•Sin exageración:  
Alcoholaturo del abrótnano macho. (*Artemisia abrotanum*).  
¿Para qué creerán VV. que sirve este abrótnano *artemisia macho*...

Para propagar y regenerar... el pelo.  
¡Puff!

Las personas que quieran visitar los monumentos de la ciudad de Búrgos, harán bien en comprar la *Guía del viajero en Búrgos*, que se vende en aquella ciudad, plaza Mayor, 11, librería de don Calisto Avila, nuestro corresponsal.

¿Les gusta á VV. comer bien?

Pues en la calle Mayor, número 34, ha abierto D. Ramon Arias una tienda, en la que hay de todo lo bueno lo mejor.

Mantecas tiene infinitas clases, desde la más cara á la más barata. La *prevalais* en cestitas es cosa rica, y á nadie aconsejaremos que se vaya del mundo sin probarla.—Los quesos que allí hemos visto, españoles y extranjeros, son los más á propósito para que todo el mundo comprenda el buen gusto de los ratones, á los que tanto gusta el queso. Los tiene el señor Arias, de Villalon, Búrgos, manchego, gallego, de Cabañales, de Cebrero, de Holanda, de nata y bola, de Chester, Gruyere, Camambert, Neuf-

chate, etc., etc., que si los citamos todos, vamos á llenar hoy el periódico de quesos.—Allí hay salchichones, mantecadas, gelatinas y una coleccion de conservas algo mejores que las de los moderados conservadores.

Recomendamos esta tienda, porque es una de las mejor surtidas de Madrid, y porque de ella nos surtimos nosotros, en nuestra pobreza; y como podemos comprar poco, y por lo tanto dar poca utilidad al señor Arias, nos serviría de satisfacción que los demás se la dieran.

Dice un periódico:

•La diputacion provincial de Cádiz, ha acordado incluir en el capitulo de calamidades del presupuesto.... etc. etc.

¡Oh! sí, es muy largo ese capitulo de las calamidades del presupuesto.

No quisiéramos ver el nombre del Sumo Pontífice en los periódicos, sino para que estos le alabasen y le demostrasen todo el respeto que merece.

El Sumo Pontífice está demasiado alto para no ser completamente ajeno á *letanias lauretanas*, y á cosas que son políticas esencialmente, aunque se las quiera amalgamar con las religiosas.

Esto se puede decir á los periódicos de todos colores.

Varios progresistas dirigen un comunicado á un periódico, del cual se desprende que no están muy conformes con lo que ha dicho el señor Madoz, ni le reconocen tampoco mucha autoridad que digamos.

Pues, señor, no hay que cansarse, la armonía no es cosa de este mundo.

CHARADITA.

En francés hallar pudiera  
mi primera,  
que es un pronombre, lector,  
y en España conocido  
apellido  
de un político señor.  
Del Asia dicen oriunda,  
mi segunda  
es planta medicinal;  
prima y segunda, en Octubre  
tal vez cubre  
de nieve el blanco cendal.  
En muchas ricas naciones,  
con blasones  
de remota antigüedad,  
hay un tercia de alta vara,  
que es preclara  
y envidiada dignidad.  
En Galicia, junto á Orense,  
lector, vense  
de mi todo en conclusion,  
las carcomidas almenas,  
hoy ajenas  
al zumbido del cañon.

El lunes ó martes aparecerán las dos primeras entregas de la magnífica novela *Maria Magdalena*. Acompañan á estas cuatro láminas, que no vacilamos en decir son las mejores que se han publicado en obras por entregas, pues basta para hacer su elogio, decir que son debidas al acreditado buril del señor Capúz. La edición es de gran lujo, y la obra completa vendrá á tener de coste, á lo más, 40 rs. Se suscribe en nuestra Administracion, á medio real entrega para toda España. Los suscritores de provincias deben pagar adelantadas de doce en doce entregas, es decir, enviar 6 rs. en sellos á la Administracion. Todas las personas de gusto querrán tener en su biblioteca una obra tan notable.

El Museo católico ha suspendido su publicacion hasta principios de año, en que continuará. Esta suspension era indispensable para reorganizar los asuntos todos de este periódico. Los señores suscritores no perderán nada con esta suspension.

Un diario dice que *La Regeneracion* y el P. Maldonado se han dicho *cuatro frescas*. *La Regeneracion* le dice á dicho Padre que escribe tan mal, que es necesario corregirle sus cartas, para que vean la luz sin dejarnos á oscuras.

Los neos son la gente que ménos siente el fuego de la caridad. Siempre se están diciendo *frescas*.

Un sargento español, emigrado en Lisboa, se halló un billete por valor de 36,000 reis, y en seguida buscó y lo devolvió á su dueño, que le dió diez miserables reales de propina.

Esos dos rasgos son de tal naturaleza, que no admiten comentarios y retratan perfectamente la hidalguía y generosidad española y la tacañería portuguesa.

Dice un periódico, que cuando la agencia Havas no tiene noticias que dar, las inventa buenas y gordas.

Lo mismo pudiéramos decir de algunos periódicos, que matan la gente en un día, por el placer de resucitarla y desmentirse al día siguiente.

Publica un colega un parte telegráfico de la Habana, no muy reciente que digamos, del día 11, en que se declara que *el cólera es cosa seria*.

¿Qué me cuenta V?

Geroglífico del número anterior.

Amistad de yerno,  
sol de invierno.

Dicen varios colegas, hablando del robo intentado en el túnel de Quintanapalla, que los ladrones gritaron: ¡Venga la conducta del Gobierno!

¡Gran Dios! Eso tiene muy graves interpretaciones, que nosotros no queremos dar, porque en boca cerrada no entran moscas.

Y el infeliz echó á correr con una velocidad increíble en sus años, y subiendo la escalera, se internó en la casa.

Margarita quiso detenerle, pero su marido se lo impidió, y empujándola hácia atrás con violencia, la dejó caer sobre el rústico asiento.

—¡Dios es justo, caballero! exclamó la huérfana con entereza, y en su justicia confío!

Andrés no respondió, y empezó á dar rápidos pasos por el huerto.

Después se paró delante de Margarita, y dijo con tono breve:

—Ya no verá V. á Antonio; era poco celoso en el cumplimiento de mis órdenes. Le he despedido.

—¿Y voy á vivir sola?... ¡Sola, tal vez con V? balbucio Margarita con espanto.

—Tranquílcese V.; conmigo nó. Como hasta ahora, seguiré haciéndola gracia de mi aborrecida presencia.

¡Ha venido una mujer, á quien obedecerá V. en todo!

—¡Yo no debo obediencia mas que á Dios y á mi marido!

—Pues bien: ella me representará aquí en un todo. ¿Lo ha entendido V?

Margarita, á pesar de sus esfuerzos, ya no pudo contener el raudal de lágrimas que se desbordaba de su pecho.

Andrés tomó esto, sin duda, por un consentimiento tácito, porque se alejó silbando, y entró en la casa, no sin echar ántes una furtiva mirada á la higuera.

En el comedor encontró á la mujer destinada al servicio, ó más bien á la mortificación de Margarita. Era alta, gruesa, de ojos azules y mejillas encendidas, verdadera flamenca en cuanto al tipo, pero cuyo rostro no tenia la expresion pacífica peculiar á los habitantes de aquellos países. Por el contrario, su mirada, fria, revelaba cierta indomable firmeza de carácter, y su arrugado entrecejo sus disposiciones poco amables en favor de los demás.

—¿Has comprendido bien cuáles son tus deberes, Gervasia? la preguntó Andrés.

—Perfectamente, señor.

—Está bien: ve á buscar en las cercanías á un hombre que me lleve una carta.

Gervasia desapareció.

—Si cumple tan bien mis mandatos en mi ausencia como delante de mí, pensó Andrés, debería ser agregada á un regimiento, por su exacta disciplina.

Haciendo esta reflexion, sacó su cartera y escribió lo siguiente:

(Se continuará.)

ESPIGAS Y AMAPOLAS.

NOVELA DE COSTUMERES

de DOÑA ANGELA GRASSI.

CAPITULO XIII.

UN CAPITULO DE NOVELA.

(Continuacion.)

—Esa exclamacion, interrumpió Andrés, me prueba cuál era la clase de conciliábulo que celebraba V. con ese hombre. Sin duda le pintaba V. su triste situacion, sin duda le pedia que protegiese su fuga para ir á reunirse con su amante.

Margarita levantó la cabeza con dignidad, y sus ojos lanzaron rayos de noble cólera.

—Caballero, exclamó, no reconozco en V. el derecho de insultarme.

—Conservo aun las señales de una herida, emblema de la que abrió V. en mi honra, gritó Andrés.

Norberto, al oír este altercado, pareció recobrar repentinamente la razon, y se lanzó en medio de ambos esposos.

—Véte, viejo loco, repuso Andrés empujándole lejos de sí.

Margarita soltó un grito, y acudió á sostener á Norberto, que se tambaleaba.

—¡Respételo V! dijo á Andrés, respételo V., ¡yo lo mando!

—¡V!

—¡Yo! Su compañera de V., no su esclava.

—¡No tiene derecho á que se le considere la que no tuvo en consideracion el decoro de su marido!

—¡Créame V. culpable si quiere, caballero! ¡Su sistemático desprecio ha llegado á serme indiferente!

Hágame V. vivir aquí prisionera, sin criados que me sirvan, sin amigos que me consuelen....

—El que ve peligrar su honor, justo es que le custodie.

—Pues bien, sea; tengo fuerte el corazon, y estoy acostumbrada á sufrir. Haga V., pues, cuanto le plazca, máteme V., pero jamás consentiré en que ultraje á

un pobre anciano indefenso, á quien amo, á quien venero... ¡Donde quiera que yo esté, tendrá hospitalidad, donde quiera que yo esté, es preciso que se le respete!

—Sí, ¿eh? pues yo mando que se le eche al instante de esta casa, que es mía.

—Jamás.

—Margarita, me va V. exasperando.

Y Andrés se abalanzó hácia ella con ademán amenazador. Las ramas de la higuera se agitaron con violencia, y Norberto, enfurecido, blandió su nudoso palo.

Margarita previó las funestas consecuencias que podia tener esta escena, y se interpuso entre su marido y el anciano.

—Cálmese V., mi buen Norberto, exclamó llorando, no olvide V. que el que tiene delante es mi marido, y V., añadió dirigiéndose á Andrés, ¿qué es lo que le he hecho, para que se goce en mis continuos sufrimientos? ¿Acaso no respeto su voluntad? ¿Acaso no le basta una mirada para ser obedecido? ¿De qué puede V. acusarme? Quiso V. que viniese á habitar estos sitios desiertos, y obedecí sin replicar. No contento aun, me prohibió que saliese de casa, y me conformé con sus mandatos: por fin me retuvo V. aquí como prisionera, dándome por carcelero á Antonio, y solo respondí con lágrimas á tan despótica exigencia. Le he obedecido no escribiendo á la condesa; después de mi primera carta, no he vuelto á escribir á don Silverio

Por más que pienso, por más que reflexiono, no acierto con el medio de agradarle á V., y es que V. nada quiere poner de su parte. Por Dios se lo suplico: ya que nos une un lazo indisoluble, procuremos ambos tolerarnos mutuamente, ya que es imposible que el afecto embelleza nuestra vida. ¡Andrés, escuche V. la voz de la razon, tenga V. lástima de mí, tenga V. lástima de sí mismo, á quien no puede ménos de contristar tan desesperada existencia!

El tono de Margarita era tan dulce y persuasivo, que Andrés, aunque lo deseaba, no supo cómo seguir la cuestion en el tono con que habla principiado.

No obstante, contestó.

—¿Y es por ventura la prenda que me da V. de esta alianza, su empeño en proteger á un miserable pordiosero?

Esta vez Norberto no se ofendió por el injurioso epíteto: su amor hácia Margarita habia hecho un milagro, y su razon todo lo veia bajo su verdadero prisma.

—¡Adios, Margarita, adios, hija mia, exclamó, ese es tu marido, y nunca será dicho que el pobre viejo Norberto te haya arrancado ni una sola lágrima!

